



Perspectivas Literarias

Según nuestros informes, el Instituto de Estudios Guixolentes va a comenzar seguidamente la publicación de su Biblioteca Monográfica.

Su primer volumen, que será publicado bajo el título de «Poemas», comprenderá todas las poesías premiadas en el II Certamen Literario de la pasada Fiesta del Libro.

Posiblemente en una de nuestras próximas ediciones podremos dar cuenta de la forma en que habrá de realizarse la suscripción a dicha Biblioteca, habida cuenta de que, según parece, dichas ediciones serán limitadas al número exacto de las suscripciones logradas.

anconora

SAN FELIU DE GUIXOLS

15 DE MAYO DE 1952

7 DIAS

Los japoneses y el cinturón de San Felu

Una revista misional me trae las estadísticas impresionantes del crecimiento de la población del Japón, que se tasa en un millón y medio anual. Esto, en un país de menos de 400 000 Kms. cuadrados, y que ya cuenta con 83 millones de almas. Las destrucciones de Nagasaki e Hiroshima no afectaron vivamente a este hormiguero, que continúa proliferando, pese al control de

la natalidad, allí implantado oficialmente y en masa.

El bueno de Malthus se dió cuenta del peligro que la superpoblación representaba y se alarmó con justicia: pero lo que él temía era que se acabaran los alimentos naturales en el Globo, que el hombre consumiera sus reservas alimenticias, por aquello de que éstas aumentaban en progresión aritmética mientras los estómagos lo hacían en progresión geométrica.

Ese era su temor: mas murió sin poder verlo confirmado o desechado.

Es ahora cuando comenzamos a ver claro que el problema no reside en tener más o menos alimentos, sino en repartir estos recursos. Todo lo que en el mundo está desquiciado lo está porque falta equilibrio, porque cualquier necesidad o egoísmo desvía en el acto el fiel de toda balanza. Y así vemos que, las naciones con mayor índice de natalidad, se encuentran encerradas en sus fronteras y, o provocan guerras —y la guerra provocada se pierde muchas veces— o se impide la venida de los críos al mundo. Es un tremendo problema, el del Japón actual, que, a raíz del tratado de paz, debe bastarse a si mismo, tiene prohibida la emigración, prohibida la expansión industrial y no goza del libre acceso a las materias primas... Y crece su población a raíz de un volumen como todo Barcelona, anualmente.

Si a esta gente se les permitiera emigrar, lo harían en masa. Cientos de miles —no es aventurado afirmarlo— partirían hacia Australia, Canadá, hacia las tierras inmensas donde reina el bosque y la estepa, donde los caballos corvetean, las crines al viento libre, y los arroyos cantan su canción de riqueza eterna.

Pero no pueden. No es como

en otras partes del mundo, donde se acabaron los paraísos acotados, adonde pueden llegar cuantos emigrantes provengan de otras regiones pobres, en grupos silenciosos y recomidos por el tesón oculto de mejorar, y formar estos peligrosos cinturones que son los suburbios barracales, cerrados en torno a los centros de población. Precisamente, la fuerza de los —¿digo nuestros?— inmigrantes reside en su número, siempre creciente. Ahí van esas mujeres cargadas con colchones y faltándoles un mes para el parto, ahí esos hombres menudos y renegridos, barbilampiños, de terrosos ojos, que uno no sabe de dónde les viene la vitalidad, ahí esas nubes de chiquillos dispuestos a todo, preparados a lo peor, que es lo único que conocen, hablando jergas meridionales adulteradas con terminología pesquera y taponera, recorriendo los bloques de los baños en busca de cuatro moluscos aburridos, cortando berros de las acequias, recogiendo papeles de las calles y leña seca del bosque. Y así van surgiendo las apropiaciones de semiderruidas viviendas en las afueras de las poblaciones, siempre formando el cinturón, un cinturón como de hierro, que se encuentra al entrar y al salir de aquéllas, comorecordando que un día puede cerrarse sobre todos, en una tenaza, implacable, o desbordarse, como un torrente, en una de esas horribles horas vindicativas que tiene la Historia.

Y entonces, esos dos hijos tradicionales de las familias de nuestra tierra, van a ser impotentes para contener a los seis o siete venidos de más lejos, ásperos y primitivos, del mismo modo que las escasas reservas de auténticos romanos no pudieron contener a los bárbaros, que ya tenían infiltrados en su casa.

J. V. A.

Sintonia

Su majestad el motor

He recibido, muy amable, la indicación de un lector —aunque en el plan imparcial en que mi amigo se mueve, creo yo que, de conocerla, la habrían suscrito la inmensa mayoría de lectores— interesándose para que en esta Sintonía de la actualidad, saliera un día a relucir el tema de los motores.

Verdaderamente lleva mi amigo la razón por arrobas y quizá por toneladas, cuando afirma que el derecho a disfrutar de un hogar tranquilo, es sin duda la primera libertad pisoteada por nuestra edad motorizada. Quien no tiene en su vecindad un comercio con cámara frigorífica o una tahona mecánica, dispone de un par de fábricas con motores de explosión que llegan a crisar los nervios más templados.

Por ello la atmósfera que cubre la ciudad bajo la angelical apariencia de un sueño de transparencias, no es más que el despertar en un paraíso cargado de ruidos. Aquí no importa la competencia comercial que en cualquier otra latitud van dirimiendo las marcas de los receptores de radio. Aquí, con un Philips, con un Marconi, con un Telefunken o con un sin marca de construcción casera, los ruidos suenan siempre a lo perfecto. Inventamos, por así decirlo, el estado de irritabilidad más permanente de la tierra. Y así vivimos, muriendo un poco cada día, alegres con la tristeza de una suerte que aceptamos con la misma resignación que sólo merecen los hechos trascendentes.

Y, prosiguiendo con el mismo tema, cabe todavía hablar de los motores en un segundo aspecto, no menos irritable que el primero. O sea, la deficiente publicidad que se da a las solicitudes de instalación. En la mayoría de los casos nos enteramos de que el vecino instala un motor, por la tortura que nos causan los ruidos cuando el mismo ya funciona. Ya sé —que, de eso, entendemos todos— que en cada caso se cumple lo legal, que es tanto como decir que el anuncio se cuelga donde nadie se entera.

¿No habría manera de notificar directamente a los vecinos de aquellos proyectos que verdaderamente les afectan?

Porque, realmente, la fístula de un motor es una fístula muy dolorosa y, por lo visto, incurable.—Pol



ATRACCION

Por L. D'ANDRAITX

Pura reliquia de los pasados tiempos de restricciones eléctricas, tiene el escritor, sobre su mesita de noche, un cacho de cirio, en un panzudo candelabro, Barroco y abultado candelabro, de asa, también, ventruda y dibujo rebuscado.

He escrito un cirio, y, en realidad, de ello se trata: no es una vela de sebo, corriente, con su blanco hostil de cadáver.

La cera tiene su aristocracia, categoría; incluso, al quemar, regala con un perfume especial, noble, resuelto y enervante.

Y el cirio sabe llorar, sabe morir, elegante no en la forma insulsa como se apaga una vela.

El escritor, y por mil razones, encuentra un atractivo especial en contemplar un cirio agonizante.

En sus años mozos, en la iglesia del pensionado, sólo veía de la capilla los grandes cirios, las llamas... Y las tenía catalogadas: inquietas, pacientes, rojos, anaranjadas, cortas, largas...

Y durante sus vacaciones, en las misas y funciones parroquiales, el escritor alardeaba de saber medir el tiempo, los minutos que transcurrían, por el trozo de cera consumida de los dos centinelas del Sagrario; y recuerda, aún, como le servían de nivel las aristas del retablo del Altar mayor.

Algo más crecido, en estatura y años, en las capillas de San Elmo y en la de la «Mare de Déu del Remei», casi olvidaba los cuadros y objetos y las inscripciones de los exvotos —siempre interesantes— para acercarse a las gradas del Altar, donde, en dos grandes manojos simétricos, quedaban los más bellos cirios de las más santas promesas.

Entonces, en aquella época, es cuando empezó, verdaderamente, para el escritor la viva atracción hacia el gotear de la cera, a sus majos racimos deslizantes de forma rara y caprichosa; e imaginaba, maravillado, que se ponían los cirios, su mejor vestido para subir, al cielo, el limpio deseo de algún alma, que sufría y que rezaba.

Hoy, no profana el escritor el Templo con infantiles pasatiempos, pero, en su alcoba, gusta aún de contemplar la agonía majestuosa de esos cirios que en su niñez, le arrojaban, inexplicablemente. Se ha incrementado, en su animo, el gran atractivo de la marfileña cera, reblandecida y esponjada.

Manto de encajes, velo de novia, galana mantilla blanca, del blanco crudo de la seda y raso, mantecosas flores, sobre un tálamo de muerte...

Y el fuego de una llama, deseos rojos de un místico abrazo, beatífica sonrisa, caridad arrebatada, confianzas de redención, grito y milagro.

La abundante cascada, de lágrimas, viva, creciente y ondulante es una magnífica mortaja para la hilacha miserable, que se esconde, dentro de la cera blanda, negra y postergada, vencida; el eje del pecado, el demonio, lo malo...

Un suave olor queda en la alcoba, endomingado de espumas el candelabro, paz y belleza, confianza, en el alma del escritor, estética paz que le llegara por los misteriosos caminos de los símbolos y de los signos. Fe de la imaginación y de la maravilla, dogma.

Lucha contra el analfabetismo

La Capitanía General de la 4.ª Región Militar, comunica a este Gobierno Civil que, habiéndose dado por la Presidencia del Gobierno carácter permanente a la campaña contra el analfabetismo, se ha dispuesto que en lo sucesivo y dentro del Ejército, ningún destino se concederá al personal analfabeto, permaneciendo asimismo en los cuarteles sin disfrute de permiso.

Ampliando dichas medidas se ha dispuesto que dicho personal analfabeto no podrá ser licenciado mientras permanezca en dicho

estado, a no ser que se justifique plenamente que por ser retrasado mental u otra causa que pueda ser admitida, se encuentra incapaz para aprender a leer y escribir.

Lo que se hace público en el Boletín Oficial de la provincia, para que estas disposiciones lleguen a conocimiento de los reclutas próximos a incorporarse a filas.

Gerona 20 de marzo de 1952.

El Gobernador Civil interino, Antonio Sanz (B. O. de la Provincia, de 1.º de abril de 1952.)